



16/ Guayaquil
I semestre 2026
ISSN 2631-2824

Fumarolas en la niebla

Sobre *Memoria del volcán*, de Antonio Correa

Santiago Vizcaino

El 7 de octubre de 1999, poco después de mi cumpleaños número diecisiete, un enorme hongo de humo salió de la boca del guagua Pichincha, a doce kilómetros de la ciudad de Quito. Solo en ese instante me di cuenta de que realmente vivíamos, como en la novela de Lowry, *Bajo el volcán*. Desde ese momento, además, ha quedado latente en mí (¿en todos?) la posibilidad de una nueva erupción. Recuerdo la ciudad cubierta de una capa de ceniza muerta sobre los techos de las casas, las carrocerías de los autos, las calles y los parques. Pero, sobre todo, han quedado las palabras que íbamos descubriendo con espanto y fascinación: fumarolas, piroclasto, magma, toba, flujo, roca ígnea y nubes ardientes, entre otras.

También me ha llamado la atención, cuando han pasado ya casi veintiséis años de ese suceso, que muy poco o nada se haya escrito desde la ficción o la poesía. Quizá porque para los quiteños, y para los ecuatorianos en general, los volcanes

son tan cotidianos que ya ni siquiera nos asombramos y ni parece perturbarnos su latente y peligrosa presencia. Están allí, latiendo, como digo; son parte del paisaje y, de vez en cuando, arrojan humo como un enorme fumador que habita el vientre de la tierra.

Desconozco si en esa época de la erupción del guagua Pichincha ya Antonio Correa Losada vivía en Ecuador, pero lo que sí sé es que muchos años después, ya cuando lo conocí, su ascendencia intelectual en Quito era tan poderosa como la de uno de esos volcanes. Por ello mismo, se lo llamaba «maestro Antonio» o simplemente «maestro». Ese epíteto que muy pocos en Ecuador han llegado a tener. La primera impresión que tuve al conocerlo fue física: su respiración entrecortada y su risa contagiosa, que son en él un mismo gesto. La segunda, su inteligencia y su sentido del humor.

162

También se cuenta que fue uno de los responsables de la visita de Borges a Ecuador en 1978. De hecho, se lo puede ver, risueño o serio, en algunas fotografías del archivo del chileno Jorge Aravena, quien registró esa visita. Pero su impronta en la cultura de este país ha ido más allá, como editor, gestor cultural, creador de varios premios literarios y conceptualizador de algunas ferias del libro memorables. Sin hablar de su obra poética, de la que siempre admiré, en primera instancia, su capacidad para titular sus libros, y luego, sus versos como fósforos que se encienden en una cueva, o como fumarolas que manifiestan una expiación. Él ha sabido mirar, por lo demás, el *ethos* andino ecuatorial con la sabiduría de una *secreta mudanza*.

Lo cierto es que su relación con los volcanes no es reciente. Ha atravesado su obra poética y narrativa, y ahora es parte fundamental de esta gran *nouvelle*: *Memoria del volcán* (FCE, 2025), donde los personajes manifiestan su fascinación por estas

montañas, las viven, las sufren, y, además, funcionan como metáforas del amor y el deseo. Escribo este texto mientras leo *Memorias del volcán*.

Alma y Sebastián, los personajes principales de la obra, son dos volcanes, como el taita Chimborazo y la mama Tungurahua, diríamos acá. A través de las páginas de este libro, somos testigos de sus obsesiones, miedos y delirios. Los acompañamos en sus viajes, búsquedas, encuentros y desencuentros. Los dos son personalidades complejas, paradójicas y hasta delirantes. Están, no obstante, predestinados a estar juntos. Los une primero el deseo y luego la enfermedad. ¿No es eso el amor?

Memoria del volcán es una novela corta donde la contención no es una necesidad, sino una virtud largamente moldeada por la poesía del autor. De allí que el fraseo sea preciso, pero oscuro. Es una *bildungsroman* de la que salimos estropeados porque la luz nos llega de lado, por una hendidura. Asistimos a fragmentos de dos vidas que se entrelazan para perderse y volverse a juntar, como una lemniscata. Lo que sí sabemos es que algo está en constante ebullición, una lava ardiente a punto de explotar.

No he podido dejar de identificarme con Alma, sobre todo con ese personaje que vive en el barrio La Mariscal, soporta «los rigores del guayabo» y vive esta ciudad hostil con estoicismo, que es la única forma de vivir aquí, a 2800 y pico metros de altura, donde nos peleamos por el oxígeno y la abulia. Sensación que tan bien conoce Antonio: entre la avidez y la culpa.

Memorables son los pasajes, por otro lado, en torno a la enfermedad de Sebastián. Y, sobre todo, la percepción que Alma tiene sobre el estado decadente de su compañero, tan vital hace unos años. Porque la vida de Sebastián se percibe mejor a través del tamiz de ella, como si fuera la revelación de su *alma*. Aunque contemplamos con perplejidad el estado febril de este hombre,

solo es a través de esta voz femenina, que no solo acompaña, sino que ofrece testimonio de la enfermedad. Ese juego del escritor es potente porque rebasa la autoficción y desplaza al yo masculino hacia una lectura del mundo más contemplativa que visceral: «Pienso en el desvarío de la enfermedad, que hace apurar con desespero un vaso de agua y luego vuelve a arremeter con más fuerza».

Vuelvo a los volcanes y leo, al final de la novela:

Todo está aquietado por la luz de la mañana. Siente que es la misma mañana luminosa del 7 de octubre de 1999 cuando por la ventana de la cocina entró una masa fría y penetrante, y, en el horizonte, en la montaña del Pichincha apareció una columna inmensa que ascendía engrosándose hasta romper el cielo.

164

Me acerco a la ventana de la habitación de mi casa para mirar a lo lejos, sobre la avenida Mariscal Sucre de Quito, la montaña, y presiento algo terrible, pero hermoso. Es lo que tiene vivir aquí, entre el deseo y la enfermedad, entre la violencia y la belleza. Como habitar esta novela. Gracias, maestro.

Santiago Vizcaíno Armijos

Quito, 1982. Licenciado en Comunicación y Literatura por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE). Becario de Fundación Carolina en la Universidad de Málaga, donde cursó un máster en Gestión del Patrimonio Literario. Fue director del Centro de Publicaciones de la PUCE y de su Feria Internacional del Libro. Su primer libro de poesía, *Devastación en la tarde*, recibió el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura, en 2008. Su ensayo *Decir el silencio, en torno a la poesía de Alejandra Pizarnik* obtuvo el segundo lugar en esa categoría. Recibió el segundo Premio Pichincha de Poesía 2010 por *En la penumbra*. En 2015 apareció su libro de poesía: *Hábitat del camaleón* (Ruido Blanco) y una plaquete de su poema «Canción para el hijo» (Hanan Harawi). Ha publicado también un libro de cuentos: *Matar a mamá* (La Caída, 2012, 2015), una novela: *Complejo* (La Caída, 2017), y el libro de ensayo «Casa Tomada». Reinvención de un mito, recogimiento de un espíritu (La Caracola, 2018). En 2018 fue ganador de la convocatoria del Sistema Nacional de Fondos Concursables por su libro *Taco bajo* (La Caída, 2019). En 2020 y 2021 fue curador de la Feria Internacional del Libro de Quito. Y en 2021 publicó el libro de cuentos *El ángel de la peste* (Educar-Plan Lector Colombia; La Caída, Grado Cero, Ecuador; Universidad Iberoamericana, México). En 2022 fue Jurado del Premio Casa de las Américas y publicó el libro de poesía *El viento a contrapelo de mi sombra* (Manofalsa, Perú), ganador de la convocatoria del IFCI 2022.